

tonos", el cual consistía en la yuxtaposición de menudas y diversas manchas de color que se fundían en nuestra retina al alejarnos, dándonos así la sensación cromática del natural a una hora determinada.

La innovación fué importantísima; pero, como casi todos los movimientos de rápido desarrollo, condujo bien pronto a un radicalismo excesivo. La exageración del principio impresionista que "un cuadro no es la representación de las cosas, sino de la atmósfera en que están colocadas" resultó en lo que un gran crítico ha llamado la "despersonalización" de los aspectos naturales, es decir, la anulación de la fisonomía característica de los modelos representados. Un paisaje o un retrato vinieron a ser tratados, dice Camilo Mauclair, "más y más como un tema de luz, menos cada vez como una revelación de carácter" personal o local. El descrédito del tono peculiar llevó al abuso de tonalidades arbitrarias o ficticias, a la sutilización excesiva y falsa de los matices, al empleo inconsulto, a la postre convencional, de tonos únicamente claros, de sombras únicamente violetas. En fin, la disociación de tonos y el método de la pincelada menuda, que traducían, tendió a desintegrar la unidad de efecto y a precipitar la decadencia del dibujo, en tanto el interés puramente colorista y atmosférico desterró del concepto de la pintura toda idea de contenido, de suceso, haciendo cada vez más insignificante la composición.

Pues bien, Sorolla, en su propia práctica impresionista, puso coto a todos estos excesos. Él había ido al impresionismo atraído por una afinidad natural, revelada ya en sus cuadros de la primera juventud: no se convirtió al movimiento, sino que coincidió con él. Mas los resultados fueron idénticos. Desterrando de su paleta los tonos pardos u opacos, que antes nos mermaban la sensación vívida de la luz; practicando la teoría de los efectos—"resolver cada cosa en las demás", como dice filosóficamente Ortega y Gasset—; reivindicando en la pintura el derecho estético primordial de los aspectos puramente naturales, Sorolla adoptó el impresionismo en lo que tenía de esencial y plausible.

Pero la tradición de los viejos realistas españoles—de Velázquez sobre todo, a quien había estudiado mucho en el Prado—vivía demasiado intensamente en él para permitirle las exageraciones en que incurrieran los impresionistas franceses. De suer-